

vulsiones histéricas' del *shimmy*), sino también, y sobre todo, entre 'lo mexicano' y lo yanqui (el danzón y el jarabe tapatío contra el *fox* y el *charleston*)".¹⁶

Otro género que surgió en La Habana en los años veinte (que también fue difundido en nuestro país por las compañías teatrales cubanas desde finales del siglo xix) fue el son con sus diversos estilos, como el montuno. En sus inicios el son era conocido por los cubanos como una canción bailable, sobre todo en la provincia de Santiago, y ya en los años veinte lo encontramos acompañado de tumbadoras, clave, maracas, tres cubano y bongoes, con predominancia de elementos rítmicos y percutidos. Fruto de su desarrollo, aparecen dos agrupaciones encargadas de difundirlo no sólo en Cuba, sino en otros países: el Trío Matamoros (fundado en 1925 por Ciro Rodríguez, Rafael Cueto y Miguel Matamoros) y el Septeto Nacional, dirigido por Ignacio Piñeiro, quien compone *Échale salsa* en 1928, primer son que hace referencia al término salsa, que se resurgirá posteriormente en la ciudad de Nueva York en los años sesenta.

A finales de los años veinte el son se fusiona con el bolero formando el llamado bolero-son y asumiendo un carácter más rítmico y por lo tanto bailable (algunos autores consideran a José "Pepe" Sánchez como el precursor del bolero cadencioso y cantable con su composición *Tristezas*, de 1883). Además del mencionado Trío Matamoros, es el cantante Benny Moré quien da un mayor impulso a aquel híbrido musical. En la década de los treinta y debido al auge de este género, las orquestas tipo charanga empiezan a incorporar el bolero-son como parte de su repertorio bailable, es decir, el bolero ya no sólo era un género cantado, sino que ahora se ofrece como un baile lento. Autores como Ernesto Lecuona y el puertorriqueño Rafael Hernández dieron al bolero el carácter rítmico, bailable con temas como *Junto al palmar* y *El jibarito*. Es bastante significativo que en este contexto Agustín

¹⁶ Amparo Sevilla, *op.*, cit., p. 54.